

## NOTAS DE LA SEMANA



MIGO lector, mucho tengo que contarte y no se por donde principiar, ya que por muy sucintamente que lo haga en esta sección microscópica, donde huelga todo detalle y ampulosidad, siempre rebasa el nivel. Principiemos, pues, diciendo lo que aconteció y dejemos en el tintero lo que nos sobrare.

La primera verbena que Dios envía es la de San Antonio de la Florida, que en el atrio de la ermita de las Angustias, amenizó la banda Provincial, con una deliciosa temperatura verbenera. La romería al otro San Antonio, el de la Estrella, fué interminable y bulliciosa. Todo el mundo cargó sus bolsillos de avellanas y almendras para entretener la caminata del regreso, ya que tripas llevan pies.

La procesión del Sagrado Corazón de Jesús, celebróse con gran lucimiento por la parte alta de la población, presidida por las autoridades locales. Otra magna procesión fué la del Corpus Christi.

Corpus Christi bajo palio  
procesionalmente pasa;  
Va en su custodia de oro  
como el sol, la hostia sagrada.

Día grande, que relumbra más que el sol y que la cristiandad del orbe celebra con grandes manifestaciones de fé.

En España el nombre de los hermanos Becerriles va asociado a la liturgia que ordenará el Papa Urbano IV, y el arte dió formas variadísimas con los metales preciosos a los magníficos templetos y custodias que procesionalmente salen en este día. Como todos los años, hizo su solemne recorrido por las calles de la vieja ciudad y a pesar de los fuertes chubascos caídos, antes de salir de la Catedral, no se deslució.

Hemos tenido algunas visitas de relieve. Una de ellas la del Rvdo. P. General de los Redentoristas, Dr. Patricio Murray, ilustre irlandés, y otra, un grupo de alumnos de la Escuela Superior de Guerra, con sus profesores y el General Benítez de Lugo. No hay para qué decir que la bizarra oficialidad, que fué obsequiada con un baile por el Círculo de la Constancia, ha sabido captarse el afecto de los conquenses y nada digamos de las miradas de las muchachas, que ven pasar bajo sus balcones la marcialidad de la juventud que sueña en el fajín azul y en el amor.

A la asamblea de Diputaciones celebrada en Barcelona, ha concurrido, llevando la

representación de la nuestra, el presidente señor Cuartero y el vicepresidente señor Muelas. De cosas del Concejo, silencio y esperando.

En Huelves, una endeble camioneta dió un ósculo fortísimo a un árbol corpulento. Este capricho inesperado, propio de la primavera, que la gasolina altera, ha costado a varias familias un río de ayes y de lágrimas.

En el Cervantes, cinemas españoles, y nos anuncian un cuadro cañón de flamenco, con el Niño de Marchena y sus huestes quejumbrosas. Porque el cante jondo es la mar de divertío, como para enfermar del bazo.

Subió al palo mi consuegro  
y así le dijo al verdugo:  
máteme si no hay remedio,  
mas no deshaga usted el nuo  
de mi pañuelito negro.

Y la primavera hace mutis con muy malos modos. Se ha vuelto enteramente soviética. Va contra la humanidad y los sombreros de paja. Se ha rajao, que dicen los clásicos de ahora. X. X. X.

### De la Ventilla a Margarita

Roto el calzado y muy cauto  
a don Pancracio yo veo;  
él irá así por recreo,  
¡bien calzado lleva el auto!

Autógrafos, De Pinedo,  
ha repartido a granel,  
mas a Pineda, bien puedo  
decir, no llegó un papel.

Corpus, gran día, ¿te atreves  
a negarlo, amigo Andrés?  
Que es uno de los tres jueves  
que yo me lavo los pies.

Si el Concejo es sacrificio,  
tanto no debes sufrir,  
que el sufrimiento por vicio  
hasta llega a divertir.

El amor y la mujer  
siempre es igual en la historia;  
son a mi modo de ver  
canjilones de una noria.

Un atleta, al espinazo  
dos autos se echó en Plencia;  
cuántos ujieres de Audiencia  
los llevan bajo su brazo.

¡Quién hace versos ni latas  
ante la agobiante prosa!  
La noticia es espantosa:  
¡a sesenta las patatas!

El Tío CORUJO.

## INEDITO

## EL ÍDOLO EGIPCIO



LA Fuente de la Tripona, en el Retiro, no ostenta ya, coronando su traba monumental, el ídolo egipcio que sobre una columna tremenda rematada en fábrica y presidía en un trono de follaje la tersa superficie del estanque grande.

Era un ídolo que dominaba su lugar desde los tiempos del rey deseado. Fué cuando Fernando VII quiso restaurar y adornar según el gusto de la época casi todo el Retiro, sobre todo en la parte que hasta la revolución de 1868, vino siendo reservada a la real familia. De entonces es la montaña rústica con su gruta en la entraña y coronada por el mirador que fué llamado la escribanía por su semejanza con los recados de escribir que entonces se estilaban en las mesas de los despachos. De entonces son también, las casas del Pobre, del Torcador y del Contrabandista, y la casa Persa, ya desaparecida, y en la que estuvo el café de la Perla Rústica. Y la torrecilla chinesca, que daba nombre al estanque de las Campanillas. Y la Casa de Fieras que ha sufrido una completa transformación.

La Fuente de la Tripona, aunque no tenía el prestigio terapéutico de las fuentes de la Salud, que iba a salir luego en un patio del monasterio de Atocha, ostentaba en cambio la gracia de su hieratismo decorativo. Aquel estanque grande con sus cuatro norias angulares encerradas en templetos que a Dumas se le antojaron capillas, y su embarcadero donde se guardaba la regia falúa, única embarcación que entonces podía surcar las serenas aguas del lago histórico que vió las nauromaquías y las fiestas teatrales flotantes en los días del cuarto Felipe, parecía sometido a la vigilante protección del ídolo que se alza solemne y anacrónico.

Ese ídolo era Osiris, que autorizaba con su presencia la oronda efigie de Gamazo que se halla todavía en su hornacina, aunque a pesar de su figura hidrópica ya no surte de ella el agua que salía. La obesa deidad que en el Egipto era el vaso donde se guardaban las entrañas de los muertos, no tiene dentro nada que sea sagrado. Cesó ya de ver a los sedientos acercarse al caño buscando la clara y fresca linfa. Ya no le queda más que lo grotesco de su hinchazón.

Poco importa que desaparezca o que siga en su nicho esa inflamada divinidad inferior, imagen abandonada e inútil. Poco importa que arriba, en los extremos del humo dos esfinges descascarilladas esperan en vano el retorno del ídolo superior a su pedestal de antes. El monumento que se hizo para fraile y ya hacía tiempo que no cumplía su fin, ha quedado roto y romo al faltarle la figura majestuosa que le coronó tanto tiempo.

Y es que el ídolo anacrónico y hierático estaba muy en su lugar cuando al amparo de un secreto artificioso podía sostenerse su figura toscamente fabricada en deleznable materia. Ni el arte ni la idea le daban una razón de sér.

¿Quién lo derribó? ¿Quién le arrancó de su pedestal? Aunque fuesen las manos de los hombres puede decirse que fué él mismo quien se derribó así propio. Si no representaba un gran concepto generoso, si no era una forma de eterna belleza, ennoblecida por su permanencia en el mármol o en el bronce, ¿qué hacía allí aquella pobre estatua de ripio y de caliche?

Mientras duró la burda pintura que le embadurnaba, esa Osiris de guardarrópia pudo mantener el equívoco de una prestancia respetable. Pero al fin empezó a desteñirse y a desquebrajarse entre la chacota de la muchedumbre que tenía ya ocasión de verle por dentro. ¿De qué le había servido en tantos y tantos años afirmarse sobre el arranque de una columna de Pesto? ¿A quienes había educado o confortado con un símbolo? ¿A quienes había elevado el espíritu con la contemplación de su plástica armonía?

Ha desaparecido ya. ¿Acaso en algún rincón del parque donde yacen esparcidos sus pedazos, pugna por reunirlos y adoptar de nuevo la ficción de su antiguo sér, escalando otra vez el pedestal vacío? ¿Pero qué conseguirá él que no es mas que yeso y cascote, si los grandes de la Historia, después de caídos no consiguieron volver al esplendor pasado? Nacida la Roma por culpa de los tiranos, fueron vanos todos los esfuerzos de los Tarquinos para recobrar el cetro de la pérdida monarquía del Lacio.

Y cuando la primavera ha llegado, los árboles cercanos no se han preocupado de que el ídolo falta para volver a vestirse de verdor y de flores en la necesaria y eterna renovación de la vida.

Pedro DE RÉPIDE.